

Departamento de Medio Oriente

El cuento de la buena intervención (Libia)

Mariela Cuadro¹

Emulando a otros pueblos árabes, el 14 de febrero el pueblo libio se levantó contra Muammar Gaddafi, quien hace casi 42 años asumió el gobierno, luego de derrocar al Rey Idris, quien era sostenido por Gran Bretaña. Con una alta tasa de desempleo y altos niveles de educación, las protestas en Libia tuvieron un fondo similar a aquéllas en Egipto y en Túnez en particular. Los iniciadores de estas protestas fueron jóvenes y profesionales que, haciendo uso de las nuevas tecnologías, se unieron para pedir la caída del gobierno. Pero lo que había comenzado como una insurrección popular, pronto se convirtió en una guerra civil, protagonizada por el número 1 del régimen (Gaddafi) y los ex número 2 y número 3, estos últimos apoyados por las potencias occidentales. En efecto, al frente de las fuerzas armadas de los "rebeldes" se encuentra el General Abdel Fatah Yunis, ex Ministro del Interior y jefe de las tropas especiales encargadas de la represión entre 1969 y febrero de este año (cuando pasó al campo de los "demócratas"). Con respecto a la dirección civil del Consejo Nacional de Transición (CNT) que nuclea a la oposición reconocida y legitimada por las potencias europeas y por Estados Unidos, está en manos del ex Ministro de Justicia de Gaddafi, Mustafá Abdel Jalil.

Nueve días después de comenzadas las protestas, el gobierno libio admitía trescientas muertes, pero voces extraoficiales hablaban de mil. A esto se sumaron los discursos que el Presidente libio enunció, llamando a la "limpieza" de los desertores. Ante este panorama y la posibilidad real de prácticas genocidas, la Liga Árabe reaccionó expulsando a Gaddafi del organismo. Luego éste prometió reformas que nunca cumpliría y el gobierno británico le impuso un embargo de armas. Para este momento las palabras de la administración Obama eran de repudio a los sucesos, notándose la ausencia del nombre del Presidente

¹ Licenciada en Sociología por la Universidad de Buenos Aires. Becaria Conicet. Doctoranda en Relaciones Internacionales en la Universidad Nacional de La Plata (IRI). Coordinadora-Investigadora del Departamento de Medio Oriente en el Instituto de Relaciones Internacionales (IRI) de la Universidad de La Plata. Miembro-

libio en los discursos de Washington. La posición estadounidense, sin embargo, fue radicalizándose, culminando en la imposición de sanciones sobre Trípoli.

En este punto, el gobierno venezolano de Hugo Chávez propuso mediar entre las partes en conflicto. Mientras que el Presidente libio aceptó, el líder del CNT rechazó la propuesta. Ya para principios de marzo, la posibilidad del establecimiento de una zona de exclusión aérea (ZEA) que luego se realizaría a través de la resolución 1973 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas (CSNU), estaba en el aire. El impulso definitivo lo dio la Liga Árabe cuando su Secretario General y entonces uno de los candidatos favoritos de Occidente a ocupar la presidencia de Egipto a partir de las elecciones de este año, Amr Moussa, pidió la instauración de dicho dispositivo de seguridad.

La ZEA encontró otros apoyos y también disidencias. La Organización de la Conferencia Islámica y el Consejo de Cooperación del Golfo apoyaron la medida, mientras que China y Rusia se opusieron a ella. Por otra parte, la ahora organizada oposición obtenía el reconocimiento como representante legítimo de Libia de países europeos tales como Francia. El aislamiento del gobierno de Gaddafi aumentaba. En Estados Unidos, entre tanto, la administración se encontraba dividida entre, por un lado, la Casa Blanca y el Departamento de Estado que bregaban por la imposición de una ZEA, y, por otro, el Departamento de Defensa que no estaba convencido al respecto. La emisión de la resolución 1973 vino, en este sentido, a resolver estas diferencias. Una vez emitida ésta a mediados de marzo, desde Túnez la Secretaria de Estado de Estados Unidos, Hillary Clinton, declaró: "Queremos apoyar a la oposición que se levantó contra el dictador".

Este tipo de declaraciones abriría la puerta a justificadas sospechas. Si la resolución 1973 estaba dirigida a la protección de civiles, ¿debía establecerse una sinonimia entre "civiles" y "rebeldes"? Es decir, la intervención que suponía el establecimiento de una ZEA, ¿era un movimiento defensivo o uno ofensivo? Si la misión de las tropas extranjeras era proteger a los civiles, y se establecía una homologación entre civiles y "rebeldes", ¿la misión era, entonces, proteger a los "rebeldes", tomar parte en el conflicto? El objetivo ambiguo de "protección de los civiles", en efecto, fue estableciendo discursivamente la necesidad de, a tal fin, cambiar el gobierno.

Las operaciones de combate bajo el nombre de "Odisea del Amanecer" fueron inauguradas por Francia y prontamente seguidas por el lanzamiento de más de 110 misiles Tomahawk desde el Mediterráneo por fuerzas estadounidenses y británicas. En esta

primera fase, que suponía la degradación de las defensas anti-aéreas libias, tal como manifestó el vicealmirante Bill Gortney del Departamento de Defensa norteamericano, las operaciones estuvieron a cargo del Comando de África de Estados Unidos, uno de los seis comandos de defensa (y ataque) en los que la potencia norteamericana ha dividido el mundo. A los tres días de comenzada la operación, cuando aún el protagonismo de las tropas estadounidenses era indiscutible, bombardeos sobre Trípoli fueron los causantes de la muerte de uno de los hijos de Muammar Gaddafi, Saif al-Arab, junto con dos niños, nietos del Presidente de Libia. Esto hizo que incluso Amr Moussa afirmara que “lo que se está haciendo difiere del objetivo que consistió en imponer una ZEA. Nosotros queremos la protección de los civiles y no que se bombardee a más civiles”. Pero, como vimos, desde un primer momento la “protección a los civiles” se confundió con tomar parte a favor de los rebeldes. En este sentido, no debería haber sorprendido la afirmación del Ministro de Defensa británico, Liam Fox, de que Gaddafi podría ser un objetivo legítimo. Por otra parte, y para que quede claro que desde un principio los países occidentales se propusieron el cambio de régimen, la primera conferencia del llamado “Grupo de Contacto” en Londres, un espacio diplomático-político que funcionó en el sentido de mantener integrados a la coalición a los países extra-OTAN, que con la toma de mando de los ataques por parte de la coalición noratlántica perdieron espacio en el conflicto, dejó sentados tres objetivos: detener los ataques contra civiles por parte de las tropas leales al Presidente libio, presionar a Gaddafi y planear el futuro de Libia. Un futuro que –se sobreentendía- no contemplaba la permanencia del actual Presidente libio en el poder. Si bien en términos armamentísticos la OTAN es claramente superior a las fuerzas gubernamentales libias, el derrocamiento del Presidente no fue tan fácil como se esperaba. De allí la desesperación por parte de las potencias liberales al encontrarse con una oposición a Gaddafi sumamente dividida que, por tanto, no estaba en condiciones para organizarse en el sentido de golpear a los elementos del régimen. En efecto, si bien no queda del todo clara la composición de los “rebeldes”, sabemos que no es un grupo homogéneo. La construcción de esta multiplicidad en tanto unidad encuentra su razón de ser en que se sostenía que, a diferencia de Irak en donde la democracia y el cambio de régimen fueron impuestos por medio de la fuerza, en esta oportunidad se estaba respondiendo a un pedido expreso del “pueblo” libio que había demandado la intervención. Esto último es cuanto menos discutible, existiendo sectores “rebeldes” que,

incluso, la repudian. De esta manera puede entenderse que, luego de ataques de la OTAN que mataron a los mismos civiles que, se decía, tenía la finalidad de proteger, haya tenido lugar el 8 de abril del corriente año en Benghazi (bastión de la oposición) una manifestación en contra de la presencia de las tropas de la alianza. Esta desesperación llevó a Estados Unidos (ansioso por conservar un bajo perfil en todo el conflicto) a poner a disposición de la alianza del norte sus "Drones", aviones piloteados a distancia y que son la causa de la mayor parte de las muertes de civiles en los territorios de Afganistán y Pakistán. Al respecto, el ex Secretario de Defensa de Estados Unidos, Robert Gates, justificó esta "modesta contribución" haciendo alusión a "la situación humanitaria" en Libia.

Quienes son partidarios de un internacionalismo liberal, festejaron la decisión de las potencias occidentales de intervenir. Si bien no faltaron desde estos mismos sectores críticas acerca de la viabilidad para cumplir los objetivos planteados a través del uso de la fuerza militar, el proceso que llevó a la intervención fue saludado con vítores. En efecto, el hecho de que se haya puesto a funcionar el anquilosado aparato de las Naciones Unidas y se haya logrado una resolución del CSNU apoyando la intervención convertía a este movimiento en uno no sólo legal, sino también legítimo. Por supuesto, aquí no se establecía una clara distinción entre legalidad y legitimidad y tampoco se hacía crítica alguna del organismo internacional que, con el objetivo fundamental de mantener la paz en las relaciones internacionales, permanece estructurado del mismo modo desde el año 1945.

La intervención en Libia respondía, de esta manera, a los tres puntos fundamentales del internacionalismo liberal: legalismo, multilateralismo y humanitarismo. El legalismo estaba cubierto por la entrada en vigor del Derecho Internacional y sus organismos. En efecto, considerando que la situación en Libia representaba una amenaza para la paz y la seguridad internacionales, el CSNU no sólo emitió la resolución 1973 que aprobaba la instauración de una ZEA sobre el territorio libio, sino que, a través de la resolución 1970, daba curso a la Corte Penal Internacional para investigar acerca de los crímenes cometidos por el gobierno libio contra su población. Del mismo modo, el multilateralismo se hacía presente mediante la decisión de la Liga Árabe de apoyar el pedido de la instauración de una ZEA y luego de aquélla de los Emiratos Árabes Unidos y Qatar de apoyar materialmente la intervención, a través del apoyo –incluso silencioso– de los miembros del CSNU a la resolución 1973 y por medio de la participación de la OTAN en el

uso de la fuerza contra las tropas leales al presidente libio, entre otros recursos a la "comunidad internacional". Finalmente, tal como establecía la resolución 1973, la intervención de las potencias respondía al objetivo de proteger a los civiles y asegurar el suministro de asistencia humanitaria. Un objetivo plenamente humanitario, por tanto.

Con respecto a este último punto, es interesante destacar que las últimas políticas intervencionistas de Estados Unidos fueron precedidas y acompañadas por el recurso al universalismo. Éste se sostuvo en ambas oportunidades sobre dos pilares: un humanitarismo moral y la reivindicación de intereses que, se postulaba, no eran exclusivamente nacionales sino internacionales. En efecto, el encuentro del humanismo y del liberalismo, caracterizado por izar la bandera de la universalidad apolítica, permitió, con la consolidación de este régimen gubernamental mundial, la emergencia de "intervenciones humanitarias" que se han convertido en la forma más característica de uso de la fuerza en las RRII.

No debemos confundirnos: ninguna de las resoluciones de la ONU habilitó la legitimidad de un cambio de régimen. Pero su legitimidad –o más bien su aceptación- fue construida discursivamente estableciendo una continuidad necesaria entre la protección de la población (objetivo de la resolución 1973) y la necesidad de derrocar a Muammar Gaddafi y establecer la democracia liberal en Libia. De este modo, estas dos políticas devinieron una. De allí que las voces repudiando los bombardeos de la OTAN contra blancos gubernamentales libios con el claro objetivo de asesinar al presidente del país norafricano (¿de qué otra manera podrían entenderse los repetidos bombardeos a su residencia?) hayan sido marginales².

Y aún más: el multilateralismo es evidente en que Estados Unidos ha optado por mantener, con respecto a esta política, un sintomático bajo perfil. En efecto, si bien en un primer momento la totalidad de las operaciones de ataque provinieron de las naves estadounidenses ancladas en el Mar Mediterráneo, una vez pasada esa primera etapa, Washington cedió protagonismo apostando a que la OTAN tomara su lugar. Varias razones podríamos encontrar a la necesidad que detectó la administración Obama de mantenerse fuera de un rol principal en este conflicto. Entre ellas podemos nombrar: la dura crisis económica por la que atraviesa Estados Unidos que lo ha colocado al borde del default, la pésima relación entre los pueblos árabes y Washington, y las obligaciones del gobierno

²² Por supuesto, la marginalidad de las voces disidentes también debe entenderse en el marco de la gestión y distribución del ejercicio de la llamada libertad de expresión que genera fuertes oligopolios en lo que

estadounidense en Irak y Afganistán (si bien en el primer caso disminuidas, Estados Unidos aún mantiene allí cincuenta mil tropas).

Este bajo perfil no significa, no obstante, que Estados Unidos no tenga un rol protagónico en lo que respecta a decisiones que toma tanto la OTAN como las diversas reuniones del llamado "Grupo de Contacto" que se encarga de sentar los parámetros para un futuro Estado libio sin Muammar Gaddafi en el poder. El hecho de que hayan sido el Presidente de Francia (Nicolás Sarkozy), el Primer Ministro británico (David Cameron) y el propio Barack Obama quienes firmaron la nota aparecida en *The New York Times* el 14 de abril de este año en la que se comprometían con una política de cambio de régimen, es prueba suficiente de que Washington está fuertemente abocado a ello.

Las últimas noticias al cierre de este *Anuario* dan cuenta de la impaciencia de Occidente. No hay que olvidar que tanto los países europeos como Estados Unidos están atravesando una de las peores crisis de su historia, lo que se está sintomatizando en la devaluación de sus monedas, fuertes caídas bursátiles y movilizaciones sociales de todo tipo. En este contexto, mantener un frente abierto en el norte de África, con las consecuencias socio-económicas que acarrea (inmigración no deseada y descontrolada, aumento del gasto en "defensa", oposición política doméstica, entre otros), es demasiado costoso, aún más cuando, si bien los "rebeldes" parecen hacer avances, Gaddafi está determinado a no ceder a la fuerza. De allí que las fuerzas francesas hayan arrojado armas en paracaídas a los "rebeldes", movimiento riesgoso para Francia, pero también (y sobre todo) para los pueblos de la región, dado que pueden caer en manos de grupos terroristas asentados en el territorio. De allí también que las declaraciones del hijo del Presidente libio, Saif al-Islam, al diario argelino *Al-Khabar*, afirmando que Francia estaba negociando con el gobierno, no suenen descabelladas y, muy por el contrario, sean del todo verosímiles. También lo son las palabras que Saif al-Islam le endilgó al Presidente francés, Nicolás Sarkozy: "Nosotros creamos el consejo [rebelde], y sin nuestro apoyo, y dinero, y nuestras armas, el consejo nunca hubiera existido"³.

Para finalizar, sin establecer continuidades caprichosas, es factible notar ciertos elementos en común no sólo del lado de los pueblos levantados contra sus gobernantes, sino de los

respecta a los medios de comunicación internacionales. Al respecto, el caso de la cadena árabe *Al-Jazeera* y su posición (gritos y silencios) respecto de los distintos levantamientos nacionales es muy interesante.

³ "Gaddafi regime 'in talks with France'", en *Al-Jazeera*, 11/07/2011. (Online), disponible en <http://english.aljazeera.net/news/africa/2011/07/20117110841896881.html>

tipos de transformaciones y los gobiernos que son apoyados por "Occidente"⁴. Tanto en el caso de Egipto, como en el caso ahora analizado, las potencias occidentales han optado por apoyar a elementos de los anteriores gobiernos, evitando, de esta manera, una novedad radical. Serán los respectivos pueblos los encargados de llevar sus demandas a buen puerto, de llevar a cabo verdaderas transformaciones.

Cualquiera sea el caso, una vez más, en nombre del universalismo humanitario, las potencias occidentales utilizan la fuerza militar para conseguir sus intereses particulares. Con los miles y miles de muertos por bombardeos a cargo de las tropas de la coalición occidental en Afganistán y con los miles y miles de muertos iraquíes que dejaron como saldo las operaciones destinadas a "liberarlos", con el apoyo español al genocidio que está llevando a cabo sobre los independentistas saharauíes el gobierno de Marruecos, sólo por citar unos casos, el cinismo queda en evidencia. Con la repetición de este tipo de justificaciones para llevar a cabo configuraciones del mundo beneficiosas para los intereses hegemónicos, propias de políticas imperialistas, no cabe más que hacer caso a Peter Sloterdijk y su razón cínica. Según el filósofo, ya no rige para la ideología aquella fórmula acuñada por Marx: no saben lo que hacen, pero lo hacen. Ahora todos somos testigos conscientes de lo que acontece: saben lo que hacen, y, aún así, lo hacen.

⁴ Las comillas responden a que sólo usamos esta expresión por comodidad, pues consideramos que "Occidente" es un nombre que homogeneiza una fuerte multiplicidad.